
La solución de todos los problemas

relativos á Cristóbal Colón y en particular de aquellos relacionados con los orígenes ó pretendidos inspiradores del descubrimiento del Nuevo Mundo.

MEMORIA LEÍDA EN EL CONGRESO DE AMERICANISTAS (1900)

(Traducido del francés para la *Revista Histórica*)

Las indagaciones históricas de las cuales os he anunciado sucintamente los resultados, datan de cerca de diez años, cuando á la aproximación de las fiestas del IV centenario del descubrimiento de América, tuve el honor de ser invitado por el secretario del comité oficial de Madrid á colaborar en la gran Revista que se fundó entonces con el título de *El Centenario*.

Desde ese tiempo me entregué exclusivamente al estudio de todos los puntos oscuros de la vida de Colón y de los verdaderos orígenes de su gran descubrimiento, lo que me ha obligado á abandonar otros trabajos que eran mi sostén á dos mil leguas de mi país.

En medio de todos aquellos sacrificios, no se puede imaginar la cantidad de obras consultadas y de materiales acumulados para la solución de tantos problemas que había emprendido; pero la cosecha ha sido tan abundante, más allá de todas mis previsiones, que me creo hoy ampliamente indemnizado, aunque me encontrase impedido de presentar esta obra de largo aliento.

La causa está en que la máquina, habiéndose forzosamente detenido por falta de combustible, hace cerca de tres

años, me encontré de tal manera desanimado que para resguardar al menos el derecho á descubrimientos, escribí lo siguiente, en junio de 1899, en la introducción á un atlas geográfico, que me fué encomendado por los editores Bouret:

“Hay tales enigmas y leyendas en la vida de Colón y en la historia de su descubrimiento de América, que el sabio español señor Fernández Duro, uno de los más competentes en estas materias, les ha llamado muy propiamente, *nebulosas*. El autor de estas líneas ha consagrado también muchos años al estudio exclusivo de estos problemas, de los cuales espera poder someter la solución al mundo sabio, cuando las circunstancias se lo permitan. Para el caso de que se encontrara en la imposibilidad de hacerlo entonces, debemos declarar aquí: que entre otros asuntos de los cuales creemos haber encontrado la solución incontestable, figura *la de los pretendidos inspiradores de Colón*, y en consecuencia probaremos: que ni la astronomía, ni *la supuesta correspondencia de Colón con los astrónomos no tuvieron ninguna parte en el descubrimiento de América.*”

Antes de estos datos, y aún antes de las fiestas de 1898 en Florencia, en honor de Toscanelli, había acabado de reunir mis materiales y todas las pruebas de este problema; como de todos los demás, y no me faltaba sino la obra de coordinación y redacción final, cuando la lucha por la vida me arrancó bruscamente á mis estudios, para volver á esas colaboraciones anónimas, ó nó anónimas, á las cuales están condenados los sabios sin fortuna que viven en el extranjero.

He hecho, sin embargo, partícipes de mis pequeños descubrimientos colómbianos, después de cuatro años, á muchos sabios, entre otros, á nuestro eminente Presidente, el doctor Hamy, al cual declaré entonces, delante del distinguido Conservador de la Biblioteca Nacional, M. Gabriel Mercel: que las cartas atribuidas á Toscanelli eran apócrifas y que Colón no había conocido el libro *Alliaco* antes de 1494, á lo cual me respondió textualmente: será necesario probarlo. M. Marcel, testigo y confidente de mis indagaciones en la Biblioteca Nacional, los ha conocido desde los primeros tiempos, y los ha seguido, á medida que le comunicaba los

resultados, con una benévola simpatía por la que estoy profundamente agradecido. Puedo decir otro tanto y aún más, de mi venerado y muy querido amigo M. Henry Vignaud, para el cual no he tenido ningún secreto, y que entusiasmado con la fuerza de los argumentos que desenvolvía delante de él en nuestras largas conversaciones, está hoy de tal manera persuadido de la verdad de mi tesis sobre Toscanelli, que no he titubeado en exponerla ante vosotros, con algunas ligeras reservas, concediendo, desde luego, con su bien conocida lealtad, que la tesis me pertenece exclusivamente á mí, que la he demostrado, y que, el primero en el mundo, después de un estudio profundo de todas las fuentes, he preparado un libro documentado para probar que las cartas, así como los mapas atribuidas á Toscanelli son *esencialmente apócrifas*.

En la época de las fiestas que se organizaron en Florencia, en 1898, en honor de Toscanelli, bajo la influencia de su infatigable apologista M. Ugielli, debí, en vista de los obstáculos de que he hablado más arriba, renunciar al proyecto que había concebido por un instante, (del cual he hablado á esos amigos) de escribirle á éste para declararle: que el profesor Pablo, no habiendo escrito jamás nada á Martins ni á Colón, era falsa la inscripción en la que se le llamaba *Iniciador* de su descubrimiento. M. Ugielli me hubiera respondido entonces como el doctor Hamy: probadlo! y yo me hubiera callado.

Hubiera quedado reducido, entonces, por tan penosas circunstancias, á dejar dormir en mis cuartillas las investigaciones que me han exigido tanto tiempo, sacrificios pecuniarios superiores á mis fuerzas, y á dejar ignorar durante años y quizás para siempre, las conclusiones á las cuales había llegado, aunque se trate de soluciones que cambian completamente la biografía de Colón y la historia de los orígenes del descubrimiento de América,—si no hubiera recibido la invitación de tomar parte en los trabajos del Congreso de Americanistas. He creído deber aprovechar esta feliz oportunidad para presentaros, aguardando la publicación de mi obra, al menos el programa ó resumen más sucinto de los problemas á los cuales me he dedicado y sobre todo al

de Toscanelli. Así se explica el título que he dado á esta comunicación: *Solución de todos los problemas relativos á Cristóbal Colón y, en particular, de los de los orígenes ó de los supuestos inspiradores de su descubrimiento de un Nuevo Mundo.*

Hubiera querido hablaros exclusivamente del problema de los orígenes, y, en especial de las falsas cartas atribuídas á Paolo Toscanelli. Pero he modificado mi plan cuando supe que á mi respetado amigo M. Vignaud le había agradado de tal manera la tesis en la que he logrado aventajarlo, que la ha escojido como tema de su comunicación al Congreso en esta misma sesión. Como no hay sacrificio de amor propio que yo no estuviera pronto á hacer para probarle mi amistad agradecida, espero poder hablaros del carácter esencialmente apócrifo de las cartas llamadas de Toscanelli al canónigo de Lisboa y Cristóbal Colón, tratando, cuanto es posible, de presentaros otros argumentos y otros puntos de vista: de esta manera nuestras memorias se completarán, tal vez.

I

Sería imposible tratar aquí á fondo, ni aun el solo problema de los orígenes y mucho menos todos los demás, sobre los que no diré sino algunas breves palabras, deteniéndome, sobre todo, en la cuestión Toscanelli, aunque dándoos forzosamente simples bosquejos de mis pruebas, que son muy numerosas y documentadas.

Ved aquí algunas, al correr de la pluma.

Las Historias de Fernando Colón y de Las Casas, que son las fuentes oficiales, redactadas con los datos suministrados ó dejados por el mismo Colón, sostienen que los dos principales inspiradores del proyecto de éste fueron: el libro de Pedro d'Ailly, más conocido bajo la forma latina de *Alliaco*, *l'Imago Mundi*, y el modesto médico astrónomo de Florencia, el maestro Paolo, más conocido hoy con el nombre de Toscanelli.

Esto ha sido ideado para hacer creer que Colón fué un sabio y que á los sabios fué á quienes debió las primeras

ideas de la existencia de un Nuevo Mundo al Oeste, cuyo descubrimiento sería debido á las meditaciones y lecturas del sabio y de ninguna manera al conocimiento del secreto de un desgraciado piloto.

Sostengo y estoy pronto á probar, no solamente que el volumen de *Alliaco* no fué impreso sino en momentos que Colón dejaba Portugal, sino, sobre todo, que el ejemplar de la Colombina pertenece seguramente á Bartolomé Colón, quien lo ha anotado, lo mismo que el volumen de Pío II, antes de volver á encontrar á su hermano en Santo Domingo, lo menos después de diez años, en abril de 1494. El examen profundo que he hecho de estas notas, en gran parte de la escritura de Bartolomé, lo prueba,—así como otros argumentos—especialmente aquella nota en que Bartolomé fija el dato del equinoxio de 1491: *equinoxium, erit hoc anno 1491* etc. Todas las notas de Cristóbal Colón son, pues, posteriores á 1494 y el libro no ha podido inspirar un descubrimiento enteramente realizado.

Pero la cuestión de *l'Imago* nos llevaría lejos, y nos precisa volver á Toscanelli y á las cartas que no pensó nunca en escribir.

Estas cartas nos las presentan bajo dos formas; una latina, que es un verdadero *borrador* de la segunda, que está en español, aunque ésta nos ha sido dada como simple traducción; pero que no es, en suma, sino la recomposición y la *redacción definitiva* hecha sobre el texto latino, el cual solo era embrionario.

Ese texto español en Las Casas es idéntico al italiano de la versión del libro de Fernando Colón, quien, á su vez, no puede haberlo tenido sino de su padre, mientras que á Las Casas ese texto le ha sido *dado* "tal cual," como él lo dice, con todos sus *italianismos*, *faltas* de español y numerosas *adiciones* que revelan seguramente su origen colombino. Ningún español podría redactar tal traducción donde hay palabras y formas italianas. En fin, de una carta se ha hecho dos y se supone otras todavía.

Nos bastará esta simple observación para concluir: que la supuesta *copia misa C. C.* etc, que se lee en la primera foja de las guardias finales del libro de Pío II, no es *una copia si-*

no el original, ó primer debido á la misma pluma que la ha *retocado y pulido* en español, dándole así su forma definitiva, y más aceptable que en latín, colocando al medio de la carta española el pasaje más importante, que, en el texto latino, no parece ser sino un *post-scriptum*, después de la fecha final. Se vé bien que el falso copista y traductor se ha ofuscado y ha tratado de llenar los claros que fatalmente ha tenido que notar en su primer borrador.

Es imposible examinar los dos textos atribuídos á Toscanelli sin compararlos y sin ir á buscar su fuente común; pues ambos nos han llegado por el intermediario de Colón, de su hijo y de su historiador oficial Las Casas, al cual la familia había confiado todos los autógrafos del célebre Genovés, como también todos los tesoros de la Biblioteca Colombina, depositados con este objeto en el convento de los dominicos de Sevilla, donde el padre Las Casas se hospedaba en esta época. No hacemos aquí más que señalar de paso este hecho, que por sí mismo es una prueba concluyente de la superchería, y vamos á examinar las que se desprenden de la carta misma, en sus relaciones con Toscanelli,

Toscanelli era, en efecto, un sabio y santo astrónomo, aunque su mérito ha sido demasiado exagerado por su tan erudito abogado, M. Gustavo Uzielli. En todo caso, fué un hombre serio, sin duda, muy modesto y algo *taciturno*, que no hablaba sino *cuando lo interrogaban*, como dicen sus amigos. Vivió ochenta y cinco años; y sin embargo, no nos ha dejado ningún libro de medicina, ni de astronomía, ni de geografía, ni aún de cartas banales. Todo lo que tenemos de él, es el pequeño manuscrito que un desconocido ha intitulado: *Los inmensos trabajos y largas vigiliás de Paulo dall' Pozzo Toscanelli*, y que se reduce á algunas copias de otros astrónomos y á los cálculos que hizo de la órbita de ciertos cometas. En cuanto á la geografía no se encuentra sino el cuadro *graduado y blanco* de un mapa *por hacer*, en lugar del original que debe haber servido para las *dos copias de las cartas marinas* (que no estuvieron *nunca* graduadas) que se dice haber sido enviadas á Martins y á Colón. Por otra parte, esto no es sorprendente; porque este astrónomo, que estudió las constelaciones, sobre todo para fijar aquello que llamaban *el punto* los astrólogos de su tiempo,

estaba tan escaso en cuanto á verdaderos mapas, que tuvo necesidad de pedir prestado el de uno de sus vecinos, un señor Castellani, cuando en 1459, llegaron ciertos comisarios de Portugal, los que le hablaron, sin duda, de la amplitud de los descubrimientos del príncipe Enrique en la costa africana. Este mapa Toscanelli lo guardó hasta su muerte en 1482 y no fué devuelto por sus herederos sino en 1484; he aquí todo el arsenal del supuesto cartógrafo, á quien se le supone acostumbrado á formar mapas náuticos (¿?) solamente para la exportación!

La base, el punto capital de la famosa carta, es la indicación precisa que se encuentra allí, de 26 espacios de 250 millas, que era la distancia en línea recta, de Lisboa á las isla de Cipango y á Quinsay, capital del Catay ó China. Pero, ningún sabio serio, como lo era Toscanelli, podía osar afirmar *dogmáticamente* un hecho semejante, como si fuese una vía abierta, ó en caso de serlo, habría que demostrarlo claramente en 1474; porque entonces como hoy, todos los astrónomos reunidos no se hubieran atrevido nunca á fijar la extensión de un océano, del cual no se conocían sino las costas europeas, sin haber podido determinar previamente las líneas de las costas de la China (Catay) y, sobre todo, las de las islas de Cipango, etc, que nadie había visto ni notado pues que no figuran sino en Marco Polo, que las ha nombrado muy vagamente. Para poder avanzar alguna cosa, siempre *poco más ó menos*, cuando faltan las observaciones geodógicas, hubiera sido preciso comenzar por probar que el sistema de Ptolomeo, universalmente admitido entonces en el mundo sabio, era falso y que el de Marin de Tyr, que él había refutado, ó cualquier otro que acertase el Océano, era preferible científicamente, cosa que no ensayó aún el autor de la carta de que se trata. Habla al contrario, como un verdadero oráculo y parece tomar al rey de Portugal y á sus consejeros por unos imbéciles, que aceptaban ciegamente los vaticinios del astrólogo florentino, aunque éste no hable sino como el último de los charlatanes.

Es verdaderamente sorprendente que tantos hombres de ciencia como el padre Jiménez, Humbolt, Peschel, Uzzelli y todos los modernos historiadores de Colón, no hayan pen-

sado en ésto antes que nosotros, y se hayan lanzado ingenuamente en infinitos cálculos para explicar esas famosas distancias, con el fin de rehacer un mapa que no ha existido nunca y que no ha podido ser trazado por un sabio que se respete, como lo era Toscanelli. Lo que hay de verdad es: que la teoría de los espacios, el pequeño mar y todo lo demás está en oposición con las ideas reinantes entonces entre los sabios, y que no fué sino destiempo que se ha querido, con el famoso mapa, dar aires científicos al más feliz de los hallazgos.

El famoso mapa no contiene, por otra parte, sino banalidades ó datos copiados textualmente de Marco Polo ó de Juan Mandeville (impresos en 1483 y 1485 más ó menos) que viene á ser lo mismo; confunde la Etiopía del Pretre-Jean ó Abisinia con el Catay ó China, y toma por embajadores de esas regiones á los obispos jacobitas que asistieron al concilio de Florencia en 1439, etc.; al mismo tiempo se sirven allí, de una frase de Landino que coloca este en la tercera: *Magister Paulus cosdiligenter interrogavit, me presente*. Es sensible que este pasaje en el que Landino comenta lo que dijo Virgilio sobre la isla de Tulé (Islandia) se refiera á viajeros venidos á Florencia, no del Catay, ó al menos de la ciudad de Tanais, sino de las *fuentes del río Tanais*, sean del Don los mapas de la época, es decir del norte de la Rusia; y he aquí porque Toscanelli les hizo una multitud de preguntas sobre el clima, la duración de los días en las regiones árticas, etc. (*ab initia Tanais*).

La primera edición del comentario de Virgilio por Landino, es de Florencia (1487) y el trozo de las Geórgicas de donde el autor de la carta, fechada en 1474, ha tomado su *diligenter interrogavi*, ha sido ya citado á propósito de esto mismo por Humboldt y Uzielli, pero truncada; y su verdadero sentido se les ha escapado, por que no han leído como nosotros todo el texto y su comentario, que no tiene nada que hacer con el Oriente ni el Catay. Que todo era banal y aún del dominio público, hemos dicho, en la carta tan alabada: la esfericidad de la tierra, la medida del grado y de la circunferencia terrestre, la existencia de los Antípodas, de la que hablaba el mismo poeta Pulci en su *Morgante*, escrito

en Florencia en vida de Toscanelli, los datos sobre el Catay; Cipango, Zayton, Quinsay y sus fuentes, etc., todos son debidos á Marco Polo. En cambio, todo aquello que parece original, como las distancias precisas de las costas, de los puertos y de las islas que se dice situadas en el mapa inhallable del inmenso océano desconocido, no son dignas de un sabio serio; son la obra de un charlatán ó de un farsante, quien ha aplicado al pasado los resultados ya adquiridos por el descubrimiento real del Nuevo Mundo.

Por otra parte, no es concebible que un sabio florentino, que vivió ochenta y cinco años y no dejó casi nunca su ciudad natal, no haya dejado traslucir, por lo menos en su intimidad, sobre todo á su sobrino el doctor Ludovic, muerto doce años después de él,—las razones que le hicieron creer en la facilidad de llegar á las Indias ó al Catay por el Oeste, mientras reservaba las primicias á los portugueses, y á Colón, que era para él cualquiera. Así pues, cuando en Florencia, en 1494, á pesar de los pasos del Duque de Ferrara, no se prestó fe ninguna al supuesto proyecto que se atribuía en España á Toscanelli y á sus relaciones con Colón, fué porque los florentinos sabían á qué atenerse en ésto: que Toscanelli, fuera de la astronomía y de la medicina, no se ocupó de estudios geográficos; y que si lo hubiera hecho habría revelado sus planes á los Médicis, sus amigos, para que aprovecharan, desde luego, á la República.

Todos los que, como yo, se han dedicado á estudiar todo lo que de lejos ó de cerca, se refiere á la vida de Toscanelli, saben que entre los florentinos de su tiempo que han hecho su elogio, ninguno ha hablado tanto de él como su amigo Cristóbal Landino, quien vivió hasta 1504, fijaos bien. Este, en la introducción de sus comentarios sobre la *Divina Comedia* del Dante (impresa en Florencia en 1481), hace un resumen de la historia literaria de Florencia y de sus hombres ilustres. Aunque no quiere hablar sino de los muertos, dice, quiere hacer una excepción por nuestro Toscanelli,—llamado entonces solamente maestro Paolo el médico, y hace un gran elogio de él en 1481, un año antes de su muerte, llamándolo “venerable anciano, respetable representante de la antigüedad, etc.”

Bien, pues, es este *solo* él que el famoso florentino Francisco Sansovino y otros editores de la misma obra han suprimido en las ediciones del siglo XVI, dejando subsistir en dicho prefacio apologético muchos otros nombres bien secundarios, mientras tanto que se borra únicamente de un golpe todo lo que se dice del *maestro Paolo*: ¿es que se ha podido hacer esto á la lijera y sin causa grave? No quiere decir ésto que, en Florencia, los sucesores inmediatos del observador de los cometas, no creían fundada la leyenda de sus proyectos trasatlánticos, aún después del *falso* de la edición de la *Sfera* de Danti de Rinaldi? Este argumento, entre otros mil, merece ser profundizado por los que, sin apasionamiento, estudian á fondo este problema histórico.

Ved aquí el testimonio del respetable cronista florentino Pierre Parenti, prior de la *Signoria* de Florencia en 1482, justamente en el instante de la muerte de Toscanelli. Con fecha de fines de marzo de 1493(-4) cuenta, en su voluminosa y preciosa crónica, inédita, cómo se recibió en la ciudad donde, como dice Perrens, *todos vivían en la calle*, la primera noticia del descubrimiento del Nuevo Mundo. Se lee allí estas palabras textuales, que traduzco del italiano:

“El Rey de España ha descubierto y encontrado con sus navegantes muchas nuevas y grandes islas, de las que *no se había tenido nunca noticia alguna*, donde se encuentra oro, etc.....” y añade esto: “Ha habido sin embargo gentes que han pretendido que antes se había tenido *indicios* á este respecto y que, como prueba, mostraban un *mapa* (carta picta) que había pertenecido (no á Tosconelli) al *cardenal de Nicea* (Bessarion) y en el cual se veía *islas semejantes á estas*. (*Due simil isole erand notate.*)”

Ni Parenti, que conocía á Toscanelli hacía mucho tiempo, ni los otros florentinos que se expresaron de esta manera, encontraron, pues, en sus recuerdos nada que se refiera á un descubrimiento tan grande, en los trabajos de su sabio compatriota: nada de las famosas cartas ni de los mapas que se dice haber sido enviados por él á Lisboa. Se limitaron á mostrar el mapa del célebre cardenal griego Bessarion, muerto diez años antes de nuestro maestro Paolo. El mismo silencio de parte de otro amigo y colga de la Sociedad

Minera de Monte Catini, de donde nuestro astrólogo era el principal accionista, Tribaldo de Rossi, quien en su *Journal*, fecha de marzo del mismo año 1493 (=94 st. fl.) consigna la llegada á Florencia de la gran noticia. Sucede lo mismo con Juliano Dati, quien la ha comentado en pequeño poema, impreso algunos meses después en la misma ciudad; y también en el manual de geografía Zacarías Lulius, intitulada: *Orbis Brehiarium*, (impreso en Florencia, 1493). Siempre y por todas partes reina el mismo silencio, sobre todo en Florencia, donde vivían todavía Landino, Ficino, Berlinghieri, Politien y otros de sus amigos, así como los sobrinos de Toscanelli, donde el mayor era un antiguo médico, el que habría debido entonces pedir una recompensa y hacer conocer en todas partes: que á un florentino, su tío, el feliz genovés debía el plan primitivo de su colosal descubrimiento.

En medio de este silencio fatal, el Duque de Ferrara, Ercole de Este, recibió, no de Florencia, sino de sus agentes de Sevilla ó de Lisboa, cartas haciéndole saber: que se aseguraba que á los consejos del maestro Paolo, era á los que Colón atribuía el descubrimiento que acababa de hacer. El Duque escribió inmediatamente, en junio de 1494, á su embajador en Florencia, Manfredo de Monfredi, suplicándole de hacer todo lo posible por obtener de los herederos los papeles de Toscanelli sobre este asunto. Manfredo ha debido hablar al Gobierno, á los sabios y á otras personas que habían conocido al taciturno astrónomo; pero sobre todo al doctor Ludovico Toscanelli y á sus otros sobrinos, han debido examinar, uno á uno todos los manuscritos y cartas del tío, y si se hubiera encontrado la más pequeña cosa, la familia y todos los florentinos, se hubieran apresurado á pregonar á todos los vientos la gloriosa nueva, aún antes de que el embajador lo hubiera comunicado al Duque de Ferrara. Mientras tanto, los resultados fueron tan negativos, que ese silencio tan significativo se fué prolongando, y en nuestros días, á pesar de las más minuciosas investigaciones, no se ha podido encontrar en los archivos de Módena, sino el pedido del Duque Ercole, no así la repuesta de su embajador, que debía ser abrumadora. Si ésta hubiera sido afirmativa, gran número de escritores florentinos de ese tiempo nos lo hubieran hecho saber, y su patriotería no hubiera tenido necesidad de

adornar con guirnaldas le leyenda de Vespuccio para hacer paralelo á la de Colón, si se hubiera podido entonces probar que el descubrimiento de un mundo había sido inspirado por su compatriota Toscanelli. Los falsarios quedaron reducidos en el siglo XVI, para rejuvenecer la leyenda, á inventar el *talso* atribuido á Danti di Rinaldi, que hacía hablar á Toscanelli doce años después de su muerte, y el del famoso Pietro Vaglianti, quien, haciendo el elogio de don Manuel, Rey de Portugal, dice que el maestro Paolo, muerto desde hacía treinta años, le había *sugerido la idea de la circunnavegación del Africa*.

Según los documentos encontrados por el mismo M. Uzielli, más serios que los de Vaglianti, Toscanelli, cuando la carta de 1474, estaba á la cabeza de una compañía de minas, y en lugar de la Geografía se ocupaba de otras especulaciones comerciales y agrícolas, para ocupar á su sobrino que no contaba sino con él. Si en esta época, á los setenta y siete años, en 1474, tuvo el proyecto del colosal descubrimiento que se le atribuye, hubiera tratado de hacerlo productivo, y con este objeto hubiera preferido mil veces revelar su secreto, para hacerlo poner en ejecución, á Lorenzo de Médicis, su amigo y socio en dicha compañía minera.

La carta á Martins no es conocida sino por la dirigida, á Colón, enviada mucho *después de las guerras de Castilla* con Portugal, como se lee en el texto español *rehecho*. Pero sabemos que el tratado de paz, firmado en septiembre de 1479, no fué ratificado en Toledo sino en marzo de 1480, y no pudo ser conocido en Florencia por Toscanelli, de edad de ochenta y tres años entonces, sino mucho después, hacía fines del año ó en 1481, es decir un año antes de su muerte (acaecida en mayo de 1482) y, por consiguiente, en una edad muy avanzada, en la que el hombre vejeta esperando su fin sin ocuparse de las empresas de este mundo,

¿Es creíble que llegado á la decrepitud, Toscanelli, se hubiera puesto entonces á copiar cartas y mapas marinos, para enviarlos, no á un amigo, sino á un extranjero desconocido que le habría escrito de Lisboa?

Esto es tanto más increíble, que el autor del texto español en las cartas, no habla solamente de una carta, sino de *dos ó más* tanto de Colón como de Toscanelli;

es ya un anacronismo por una sola carta, es más absurdo por varias, que serían fatalmente *póstumas*. En fin, probaremos: que el proyecto de Colón es muy posterior á su partida de Portugal en 1484, y fueron, probablemente, los florentinos Juanoto Berardi y Vespuccio, sus banqueros y amigos, los que le revelaron en 1493 la existencia de su sabio compatriota sin decirle que había muerto ya, muy viejo, en la primavera de 1482.

No olvidemos que Las Casas dice: "que Colón estaba seguro *del éxito* de su empresa, como si hubiera tenido los *Indios en el bolsillo* (sic)": no se vá así con tanta seguridad, cuando no se tiene en el bolsillo sino una carta tan vulgar como la atribuida á Toscanelli.

Volvamos todavía, aunque de paso, al texto mismo de las cartas.

El supuesto Toscanelli nos dice al principio de su carta, que, de parte del Rey Alfonso, le preguntan si tendría una *vía más corta, breviori vía*, que aquella que los portugueses seguían para ir al país de las especias por la Guinea.

Así pues, en 1474, no se buscaba en Portugal ninguna vía para llegar al país de las especias, ni por la Guinea ni por el Oeste; no se podía saber entonces cuál era la vía más larga ni la más corta, porque no se les conocía para poder así compararlas. Si alguien hubiera podido conocerlas, habría sido más bien el rey y no el astrólogo florentino, y por consiguiente, no puede ser de éste la frase de que se trata, quien, mucho menos todavía, puede haber *hablado antes* á Martins sobre esto (*tecum alias locutus sum de breviori vía, etc.*)

En efecto, la supuesta carta de Toscanelli á Fernando Martínez, pero destinada á ser transmitida al Rey de Portugal, Alfonso V, así como la copia posterior de esta y las otras misivas (á los 84 años!) que hubiera dirigido más tarde á Cristobal Colón, *después de las guerras de Castilla* (1481 ó 1482?), no tienen razón de ser bajo ningún punto. El rey no podía pensar en pedir datos á ningún italiano sobre las cosas de África y del Océano pues que los portugueses los conocían mejor que nadie en el mundo; no pensaba tampoco en el descubrimiento de la India por ninguna vía, ni en otra cosa que en el matrimonio con Doña Juana, su so-

brina, y en la guerra con los españoles, á fin de llegar á ser á la vez rey de España y de Portugal. Si Alfonso V hubiera pensado alguna vez en buscar el camino de las Indias, sea por el Este, sea por el Oeste (en lo que no pensó jamás, sobre todo después de la muerte del Príncipe Enrique en 1460) habría sido el mejor informado de todos los reyes por sus marinos; pero era tan indolente que prefirió asegurar sus posesiones de la Guinea á un Gómez de Lisboa en cambio de una modesta utilidad. Además, sabemos que á fines del mismo año de 1474, concedió á Fernando Telley la autorización para hacer descubrimientos en el Atlántico, por su propia cuenta, sin esperar los informes del florentino, que éste ignoraba, y que no se le habrían podido pedir en esta fecha de Portugal.

Si nos detenemos un momento para examinar el *lenguaje de la carta*, no es necesario ser de grandes alcances para persuadirse que no ha podido ser redactada por uno de los buenos latinistas florentinos del Renacimiento, entre los cuales estaba Toscanelli, según dicen sus contemporáneos. ¿Como poder imaginar que el amigo Landino, de Cusa, de Alberti, el conciudadano de Bruni, Poggio, Politien, Pico, Verino, Ticino, etc. etc, hubiera podido escribir, por ejemplo: *Carta navigationis* en lugar de *tabula nautica*; *determinavi* en el sentido *español* y del todo moderno de "tomar una resolución, decidida" cuando podía decir, en buen latín, *decrevi, statui*, etc.,? Hay otras incorrecciones y formas en la carta, que son *características* del mal latín de los hermanos Colón en sus anotaciones marginales, pero que serían inconcebibles en un humanista como Toscanelli.

¿Cómo, por otra parte, suponer que se tratase de una verdadera *copia* del original latino de Toscanelli, cuando vemos figurar el párrafo *fundamental* de la carta (*A civitate*, etc,) como un *post-scriptum* en el texto autógrafo de Colón y lo vemos después en medio de dicha carta, en la titulada traducción italo-española, que Las Casas no hace sino reproducir tal como se le ha entregado, como tiene cuidado de hacerlo notar? Pues que Toscanelli transmitió á Colón, al cabo de varios años, la copia de su carta á Martins, no es creíble que hubiera dejado figurar en *post scriptum* el trozo capital y el único original de su proyecto de viaje. Pe-

ro aquello que no parece haber hecho, contra toda probabilidad, lo ha hecho sin reparo su falso traductor, quien no solamente ha puesto todo el párrafo en su verdadero lugar en el texto, sino ha retocado é interpolado éste, añadiendo entre otras cosas, la famosa frase: "Ha días, antes de las guerras de Castilla"; es decir, donde Toscanelli declara á Colón que *hacía tiempo* que había escrito su carta á Martins, antes de la guerra de Portugal con España (fines de 1474). Pero un verdadero traductor no se hubiera atrevido á hacer tales cambios, tanto más cuando no se trataba aquí de una recomposición literaria, sino esencial, pues que se añade un hecho *capital* y preciso, que debía ignorar un traductor en España, y del que no podía hablar sino el mismo autor de la carta y de la trascripción. Así pues, aquel que redactó el texto español, tan lleno de italianismos, como lo hemos dicho, no fué un *traductor* sino el *verdadero autor del borrador latino* de la Colombina, que nos dá como simple *copia* de la carta que Toscanelli dirijiría á Colón, *sin fecha*, y sin ninguna de las fórmulas usuales de cortesía al principio y al fin de la misiva. ¿Sería que al cabo de tantos años, Toscanelli no había encontrado ningún argumento nuevo que añadir á su primitiva carta al canónigo?

En cuanto al nombre del conónigo y confidente del rey, Fernando Martins (en español Martínez) no se encuentra la menor huella, sin embargo de que debió ser un personaje bastante notable. He hojeado todo, he examinado todo lo que está escrito en las crónicas y libros religiosos de Portugal relativo á esta época; he consultada á este respecto, en 1895, al sabio y atento director de los Archivos de la Torre do Tombo, señor José Basto, al cual pedí un testimonio de la no existencia de ese nombre en documentos que le son tan conocidos. He logrado solamente encontrar, en la Crónica de Alfonso V por Ruy de Pina, un *capellán*, no un canónigo, que acompañó al rey Alfonso á Francia en 1476; no se llamaba Fernando sino Estevao (Esteban) Martínez. En el testamento de Colón he encontrado también como testigo uno de sus servidores civiles, el único que lleva el nombre de Fernando Martínez; pero nadie pretenderá identificarle con el inhallable canónigo. En cuanto á los portugueses en sus relaciones en Italia, con el Cardenal Cusa y

con Toscanelli, en quien M. Uzielli quiere reconocer nuestro famoso canónigo Martínez en 1464, y aún en 1454, es decir diez ó veinte años antes de la carta de 1474, probaremos más tarde en nuestro libro que esas aproximaciones son fantásticas; que el Fernando Matim (ó Martin) del *Tetralogus* de Cusa fué un gentil-hombre de la comitiva de *Leonor* y del Duque de Valencia, que iban á Roma en 1451; y que el nombre del *canónigo-médico*, testigo en 1464 del *testamento* que firma Magister Ferdinandus de Rorig, no es la abreviación de Martínez de Rorig, como lo desearía ingeniosamente M. Uzielli en su muy crudita obra, fuente inagotable para refutar sus teorías favoritas sobre Toscanelli.

El espacio limitado que se me ha acordado me obliga á suspender aquí estas sucintas consideraciones, trajadas al correr de la pluma; reservo un número bastante considerable de pruebas y autoridades para la obra bien voluminosa que preparo, y la cual, al menos la parte relativa á Toscanelli, si las circunstancias son propicias, podrá ser publicada desde luego. Entonces, los que conserven todavía algunas dudas sobre esas cartas, como sobre el mapa marino, se vencerán que estas piezas constituyen *una farsa*, que no es la única en la historia de Colón y de sus contemporáneos; lo probaremos sin dificultad, y será preciso rendirse á la evidencia sin vacilación: *Amicus Plato*, etc.

II

Voy á enumerar ahora sumariamente, y sólo para tomar nota, algunos de los otros problemas, de los que creo haber encontrado la solución definitiva y que serán materia para algunas monografías. He aquí lo que voy á probar:

1º Se ha aumentado la edad expresamente á Colón, para poder explicar sus viajes imaginarios y otras leyendas; nació en Génova y no en Savone (á pesar de ciertos documentos) en 1451, probablemente el 25 de julio, día de San Cristóbal. Esta fecha es capital, y una vez fijada todo lo demás se explica fácilmente. Las vacilaciones de M. Harris entre 1446 y 1451, quien en el fondo está de acuerdo con nosotros, provienen de que él no ha tomado el verdadero

sentido de las leyes municipales de Génova en el siglo XV sobre las mayorías, y que nosotros hemos estudiado (ed. 1498.)

2º—Cristóbal Colón llegó á Génova sin haber estudiado en la Universidad de Pavia, en septiembre de 1475; entró de servicio en la flota que su país envió bajo las órdenes de Spinola y Negri, al socorro de la colonia genovesa de Chio ó Scio.

3º—Colón partió de Chio, en la misma flota, cerca de un año después para Inglaterra, probablemente con un cargamento de mástic, muy abundante en Chio, como él lo dice. A la altura del cabo Santa María, como dice Placencia, frente de Faro, más bien que del cabo San Vicente, como dicen otras narraciones menos precisas publicadas en la *Raccolta* por el señor Salvagnini, los navíos genoveses fueron batidos y medio sumerjidos por la flota del célebre almirante pirata Coulon y de su segundo Jorge el Griego, llamado Coulon el jóven. Colón se encontró entre los tripulantes que pudieron refugiarse en Lisboa y quedaron allí de septiembre á diciembre de 1476. He aquí la llegada enteramente *inesperada*,* de Colón á Portugal, donde se quedó entonces, á mediados de 1477, si aceptamos que él lo hizo después que el resto de los navíos hubieron terminado el viaje á Inglaterra, lo que él poéticamente ha trasformado en viaje *ultra Thule* (sic) en pleno invierno, febrero de 1477.

4º—Instalado en Lisboa en el barrio de los marinos, cerca del noble convento de Santos ó Veilho (hoy parroquia) sin otro capital que su juventud, logró captarse la buena voluntad de una de las novicias, Felipa Moniz, hija bastarda de uno de los hijos del secretario general, del famoso Condestable Alvarez de Pereira, tronco de la casa de Braganza. Probaré que la mujer de Colón no fué la hija de Bartolomé Perestrello, sino su nieta, pues que su madre fué la única dama soltera que quedó de la primera unión, y su padre fué Diego Gil Moniz—*veador da facenda*, ó sea intendente del Príncipe Don Fernando—casado con una de las hijas del señor de Ulm e Chamusca Gómez da Silva, y aliado después con los Braganza de Faro y Odemira.

5º—Colón, ligado con los principales personajes de la casa

de Braganza, ha debido prestarles algunos servicios, muy confidenciales, cerca de los Reyes Católicos y otra parte, durante su lucha con el Rey Juan II que ahogó en la sangre la conspiración de la rama menor, en 1484. En esta fecha después de la ejecución de Dn. Fernando y del asesinato del Duque de Viseu por el monarca, Colón tomó la *fuga*, como lo confiesa indirectamente Las Casas, diciendo que partió lo más secretamente que pudo. En tales circunstancias la huida se explica muy bien, políticamente, al frente de un rey que perseguía, por todo los medios posibles, á sus enemigos á través de la Europa (V Pina); pero no hay necesidad de suponer que un hombre huya de un país por el sólo hecho de no ver aceptada la proposición del descubrimiento de un nuevo mundo. Este descubrimiento no fué propuesto á ningún soberano, fuera de los Reyes Católicos, sin embargo de lo que dicen algunos historiadores, influenciados por los Colón y los Braganza, sus amigos y aliados

6º—En efecto, el historiógrafo *oficial* de Colón, designado por la familia, es el Padre Las Casas, quien tuvo en su convento todos los autógrafos y libros de los Colón, y aun, gracias á la influencia del Conde de Gelvès, casado con la hija de Diego Colón, y á la de otros miembros de la casa, *ya reinante*, de Braganza, pudo consultar preciosos manuscritos portugueses, comprendiendo aquí el de Azurara, que estaba en los archivos de Lisboa, el mismo ejemplar sobre vitela que está hoy en la Biblioteca Nacional de París. Todo parece probar que los cronistas portugueses, tanto como los españoles, estuvieron altamente influenciados para fundar la leyenda de Colón deprimiéndola, y á expensas del Rey Juan II, enemigo de los Braganza entonces reinantes.

7º—Cuando Colón y sus cuñados, como también los sobrevivientes de la casa de Braganza, se refugiaron en España, á la sombra de los Reyes Católicos, quienes les prestaron grandes servicios, su hermano Bartolomé partió con uno de los miembros más comprometidos de dicha familia, el Conde de Penamacor para Inglaterra y Flandes, donde éste fué perseguido por Juan II, como lo relata Ruy de Pina. He aquí por qué Bartolomé se encontraba en Londres en

enero de 1488; por qué fué el quien compró el *Imago Mundi* que acababa de aperecer, y por qué partió para España con el conde en 1493, cuando éste dejó la Torre de Londres, donde su pariente había logrado hacerlo encerrar. Eso que dice Las Casas de los piratos *sterlings* y de la proposición hecha á Enrique VII, no es sino pura leyenda.

8º—Así, pues, el descubrimiento no fué propuesto á ningún otro rey, y mucho menos todavía á la República de Génova, como lo créa M. Markham; no fué un proyecto científico, resuelto de tiempo atrás, después de haber consultado á Toscanelli y el libro de Pedro de Ailly; fué el hallazgo, del momento, de un derrotero, sea el de Sánchez de Huelva ó el de cualquiera otro, cuyo manuscrito había sido depositado en La Rábida, y que el Padre Pérez donó á Colón. No hay otra razón para explicar que los Reyes de España, que eran tan pobres, hubieran aceptado inmediatamente los argumentos que les presentó el monje, y que los decidieron, sólo entonces prestar dinero para armar la expedición de 1492.

Todo el mundo iba á golpe seguro y por la misma causa: los reyes, Colón y el monje.

9º —La misteriosa firma ó iniciales de Colón:

S.
S. A. S.
X. M. Y.

que han hecho la desesperación de los escudriñadores, significa simplemente: *Xristophorus*, ó como él firmaba: *Xpo Ferens* (halló) *Más Indias*, es decir, leyendo de abajo para arriba, y traduciendo las palabras españolas y el verbo sobre entendido: *Critóbal ha encontrado ó descubierto otras Indias*, lo que es más simple y lógico, sin ir á buscar interpretaciones atrevidas.

El tiempo me falta para hablaros de otros problemas secundarios de la historia del descubrimiento de América y de los que completan mis investigaciones sobre la historia de la Geografía del siglo XV, como: los mapas y viajes fabulosos de don Pedro, Duque de Coimbra, los de Conti, la legendaria *Academia* de Sagres, el famoso globo llenado sin

razón de Behaim y el mapa que se atribuye á Juan de la Cosa, etc., etc., pero tengo que detenerme.

Os ruego solamente que me prestéis un poco de crédito, hasta el momento en que publique todas mis indagaciones, empresa sin premeditación de ninguna clase, ni con otro objeto que la sola averiguación de la verdad, á la cual siempre he sacrificado todo. Si no he podido publicar otros trabajos, que permanecen olvidados en mi carpeta desde hace treinta años, ó que se me han perdido en mis viajes, voy al menos á consagrar lo que me resta de vida á esta obra de tan largo aliento, donde creo haber puesto las solas bases sólidas y definitivas de la biografía crítica de Colón, y revelado los verdaderos y los falsos orígenes del descubrimiento de América.

Las nuevas tesis, cuya demostración ofrezco, van á herir preocupaciones seculares, difíciles de arrancar; pero en un siglo de crítica como el nuestro, es preciso inclinarse ante las *pruebas*, aún cuando ellas sean presentadas por el más modesto de los sabios, quien sin fortuna, sin ambición y sin ninguna clase de estímulo, trabaja únicamente para la posteridad.

MANUEL GONZÁLEZ LA ROSA.

